



EL TRAYECTO POLITICO DEL GOBIERNO SOCIALISTA

Emilio MUÑOZ

El primer domingo de marzo de 1996 ha sido el momento para celebrar unas elecciones trascendentales en la democracia española. Tras una larga y durísima campaña electoral que, de hecho, se inicia desde el mismo momento en que se hacen públicos los resultados electorales del año 1993, con una sorprendente victoria del Partido Socialista Obrero Español, dando ya una primera indicación o llamada de atención sobre la relativa fiabilidad de las encuestas pre-electorales en España, —sobre todo en circunstancias de fuerte confrontación política—, los resultados han sido otra vez sorprendentes.

La anunciada victoria del Partido Popular se ha producido, pero con una amplitud muy alejada de lo que pronosticaban las encuestas. Al final, apenas 300.000 votos —algo más de un punto porcentual sobre el total de votantes— han separado a los dos partidos principales. Una importante constatación es que, por primera

vez en la historia de la transición democrática en España, prácticamente todos los partidos políticos han perdido, dejando poco hueco para las manidas muestras de satisfacción por las ganancias relativas. El Partido Popular gana las elecciones, pero pierde de modo notable frente a los anuncios realizados por los heraldos mediáticos respecto a

Las fuerzas minoritarias realmente han ganado algo con las pasadas elecciones, y en adelante incrementarán su protagonismo.

las expectativas de una mayoría absoluta. El PSOE, tras trece años de gobierno —diez de ellos con mayorías absolutas—, pasa a la oposición, pero lo hace desde una posición de fuerza insospechada, superando ampliamente el suelo del 30% de los votos que se había barajado como el mínimo indispensable para huir de toda invocación al desastre. El fracaso de la estrategia de Izquierda Unida es palpable, a pesar del ligero incremento conseguido en las elecciones al Parlamento español y que se contrarresta con el notable descenso experimentado en las elecciones al Parlamento regional andaluz, como cosecha de una errática e incomprensible política orientada a consagrar los modos del «perro del hortelano». Los nacionalistas bajan o suben ligeramente pero mantienen una posición crítica para hacer posible la llamada «governabilidad». Esta privilegiada situación no es, sin embargo, fácil de ejercer, ya que tienen que hacerlo alcanzando acuerdos con el Partido Popular, que ha mantenido una clara estrategia de confrontación —tanto coyuntural como nacional ideológica— frente a los nacionalismos históricos, a pesar de que los partidos que lo representan forman parte de una misma internacional ideológica. Aunque nadie ingenuamente pueda llegar a pensar que el ejercicio de la política es una práctica marcada por la coherencia, no parece ocioso hacer una nueva apelación a la fórmula «tragar sapos y culebras» para describir a lo que probablemente deberán acudir nacionalistas y populares para llegar a acuerdos, por otra parte demandados por el resultado electoral, por las sugerencias y recomendaciones de las fuerzas económicas,

por la favorable coyuntura, en suma, por los intereses de Estado. Por último, las fuerzas minoritarias son las que realmente ganan algo, ya que aumentan o mantienen su presencia y, en cualquier caso, incrementan o van a incrementar su protagonismo. Herri Batasuna queda al margen de este comentario.

Los interesantes resultados producidos han abierto la puerta a una situación dual para las plataformas de opinión en los medios de comunicación. Por un lado, han facilitado que acreditadas firmas elaboren atinadas reflexiones sobre cómo ha podido ocurrir lo que ha sucedido y cuáles son las consecuencias que de ello se derivan. En estos artículos, que han llegado a mis manos, se habla de «la hora del consenso», de «la hora de la política», de «por qué no pasa lo que no pasa».

Estoy esencialmente de acuerdo con lo que se ha escrito, por lo que no profundizaré en el análisis de las elecciones del 3 de marzo de 1996. Por otro lado, comentaristas habituales parecen haber quedado algo tocados. No me voy a atrever a decir que han estado al borde de quedar noqueados, ya que sería inocente pensar por mi parte que su sensibilidad ha aumentado hasta el extremo de que reconozcan una derrota y estén pensando en la conveniencia de preparar los combates con otras normas, otras pautas de entrenamiento y con la elección de otros «entrenadores», *sparings* en el argot boxístico. En cualquier caso, la situación es interesante por cuanto es nueva y ha permitido que la creación de tensión no sea por el momento el objetivo principal de los medios de comunicación españoles.

Antes de entrar en lo que es el propósito esencial de estas notas —abrir una reflexión acerca de lo que puede ser la actuación socialista en el periodo de oposición que se le avecina— no me resisto a hacer dos últimos comentarios respecto al pro-

ceso electoral que ha provocado un vuelco en el marco político español. Quiero confesar que el resultado del 3 de marzo —el mejor de los posibles para mí, hasta el punto de que, desde 1977, nunca había vivido una noche electoral tan sugerente y divertida— me resultó incomprensible en los primeros momentos. Una explicación razonable se me ofreció cuando, a los dos días de ese proceso, me encontré con un reputado microbiólogo español en la boca del Metro. Los dos mostrábamos una sonrisa y nos saludamos con el comentario inmediato acerca del resultado de las elecciones. Al manifestar mi sorpresa y cierta incompreensión por mi parte por un resultado tan «sabio», mi interlocutor hizo referencia a nuestra común especialidad científico-experimental y me dijo: «¿Por qué te sorprendes cuando como microbiólogo deberías saber que los procesos funcionan razonablemente si se trabaja con poblaciones de 10^6 individuos?». Encontré muy atinada la observación y este apaciguamiento sociológico me ha llevado a continuar la explotación de la metáfora microbiológica. Ello me ha permitido constatar que el problema está en el origen, es decir en la importancia y calidad adecuada del pequeño número de organismos que se utiliza («inóculo») para desencadenar el proceso, pero también en el uso de un medio adecuado para que el crecimiento sea apropiado. Dicho de forma más directa, en democracia las élites son fundamentales para sembrar las inquietudes y las propuestas, pero su multiplicación va a depender de lo que el medio permita. En segundo lugar, las elecciones del 96 han confirmado, por si no era ya una obviedad, que las campañas electorales no tienen mucho que ver con la propuesta y defensa de unos programas pensados y contrastados, sino que su objetivo es movilizar, en un periodo corto, a millones de ciudadanos —los $n \times 10^6$ individuos de la analogía microbiana—, aprovechando sus fundamentos culturales y las bases antropológicas e históricas en que descansan.

Los programas electorales son imprescindibles para el ejercicio de la acción política, ya sea en el Gobierno o en la oposición.

De ahí la necesidad de disponer de un buen inóculo previo, de un sustrato de buena calidad conseguido a través de un proceso continuo de análisis, reflexión y propuesta, para que pueda calar y enraizar rápidamente en el medio. Los programas electorales son por lo tanto imprescindibles para el ejercicio de la acción política que va a seguir a todo proceso electoral, ya sea en el Gobierno o en la oposición.

Qué se ha hecho y qué hay que hacer para una estrategia de futuro

Los dos últimos comentarios me dan pie para abordar el tema central de estas líneas al que me he referido anteriormente. Trataré de ofrecer algunas consideraciones de carácter general para una actuación que pueda favorecer la alternancia —una posibilidad que se acaba de abrir y sobre la que hay que incidir en el próximo futuro para que se rentabilice la situación en la que nos encontramos— y me centraré a continuación en algunas políticas, dentro de los campos más cercanos a mi experiencia y conocimiento.

Consenso y debate

Es imprescindible en mi opinión rescatar el consenso en la familia socialista mientras se favorece la recuperación del debate interno, reflexivo, meditado, lejos de descalificaciones y de zancadillas propias de una política basada en la supervi-

vencia personal a costa de intereses superiores, lo que ha cristalizado en la lucha desleal que ha permitido, por otra parte, la emergencia de los practicantes del «provecho» propio.

Esta consideración no se basa en un análisis desde la distancia, en una expresión de deseos movidos por la buena intención, sino que tiene sus raíces en elementos de la propia experiencia personal a lo largo de varios años en la colaboración con el partido y el Gobierno socialista en el diseño de políticas de y para la ciencia y la tecnología.

Políticas de ciencia y tecnología

Muchos de los logros alcanzados en este diseño y en su puesta en práctica que caracterizó la década de los ochenta en la Administración socialista, y que ha rendido resultados estimados generalmente como positivos, tuvieron sus pilares en mecanismos de debate interno, de trabajo conjunto y de consenso. La existencia de un «grupo de trabajo» amplio y participativo en el seno de la organización partidaria durante los setenta permitió realizar una política de oposición bastante relevante, promoviendo iniciativas de un cierto calado —aumento de presupuestos para el desarrollo científico y tecnológico, comparecencias parlamentarias de diputados «no muy conocidos» que acreditaron su buen hacer, consolidación del partido como referente en estas cuestiones e incorporación de sus representantes a los debates nacio-

Muchos logros de la Administración socialista tuvieron sus pilares en mecanismos de debate interno y trabajo conjunto.

nales e internacionales sobre estos temas. La existencia de este grupo y sus trabajos representaron un importante aporte para que el programa electoral con el que el PSOE acudió a las elecciones de octubre de 1982 dedicara una parte significativa a la ciencia y a la tecnología, proyectando así el trabajo interno hacia los sectores de la sociedad interesados en unos momentos en los que la juventud de la democracia en España aconsejaba y permitía este debate electoral.

Se sentaron así las bases para que el Gobierno pudiera acometer una acción en profundidad en este terreno. La incorporación, tras las elecciones de 1982, de una gran mayoría de los integrantes del grupo a las tareas de gobierno en puestos de distinta responsabilidad, facilitó la puesta en marcha del programa de gobierno, promovió el consenso a todos los niveles —interministerial, intraministerial, entre el Gobierno y el grupo parlamentario, con los burócratas y con distintos actores sociales—, y proyectó estos temas hacia los medios de comunicación.

Este movimiento positivo se vió contrarrestado por un reflujo negativo hacia el interior del partido, ya que las cuestiones relativas a la ciencia y la tecnología desaparecieron de la agenda de la organización, no se restauró el «grupo» ni se recuperó su actividad. La sustitución de los actores de las primeras etapas, tras su lógico y necesario relevo, no se llevó a cabo con personas que hubieran estado participando en la dinámica partidaria ni que hubieran sido instrumentales en el análisis, la reflexión y el debate. Sin menoscabar los valores intrínsecos de los sustitutos, éstos llegaron a los puestos de responsabilidad por unos senderos menos definidos, quizá por su pertenencia a un círculo de amigos; en cualquier caso, sin acudir aparentemente a mecanismos de cooptación con otras líneas de responsabilidad en el seno de la organización y

sin llegar siquiera a tener en cuenta la aplicación de criterios de corporativismo. Se descansó, en exceso, en el «amiguismo» como mecanismo de selección, un mecanismo que parece menos saludable que el de promoción a través de una organización política. Ocurrió además algo que, en mi opinión, es todavía más negativo desde el punto de vista de la salud de la organización y para el futuro de un proyecto político. Los que abandonaban los puestos de la acción de gobierno no fueron recuperados para la acción interna, no se rescataron para apoyar al Gobierno o para soportar la acción parlamentaria. En su mayoría fueron colocados bajo sospecha, apartados de todo ejercicio analítico e, incluso, cuasi-condenados cuando se atrevieron, si es que alguno lo hizo, a formular algunas críticas o a plantear algunas reservas al curso de la acción política.

Me gustaría que los argumentos que acabo de exponer para explicar lo ocurrido —lo positivo y lo menos favorable— en el terreno de la política de ciencia y tecnología, que es el campo que mejor conozco, fueran sometidos a discusión y contrastación. Desearía igualmente que se sometieran a escrutinio para detectar si en algunas otras áreas de la agenda política se han seguido trayectorias parecidas a lo largo de trece años de gobierno socialista.

En lo que sigue, las impresiones que transmita serán más superficiales y subjetivas ya que son temas en los que he pensado a lo largo de estos años pero en los que mi experiencia es escasa o menor.

Política vs. gestión

Desde el marco general del socialismo en la administración del bien público, creo que hay que reclamar un lugar importante para la política, contrapuesto al discurso de la gestión que predominó en los últimos años

de la Administración socialista en España, particularmente tras las elecciones de 1989. Creo que con este discurso se trataba de buscar el acomodo ideológico tras la caída del muro en Berlín y se procuraba seguir la senda de gobiernos socialdemócratas en otros países para apaciguar conciencias con la práctica de políticas económicas liberales, probablemente ineludibles. En el caso español quizá se tratara además de paliar la ausencia de debates en el seno del partido, permitiendo así que el eje de la acción política descansara en el Gobierno, sin injerencias ni interferencias. Es legítimo que el Gobierno sea el responsable de la gestión pero pueden surgir dudas acerca de la legitimidad del Gobierno para ser el único garante de un proyecto político. Me gustaría traer a colación en este instante el artículo de Edgar Morin «La pensée socialiste en ruine», publicado en *Le Monde* el 21 de abril de 1993. En ese artículo se podía leer, entre otros argumentos, lo siguiente: «La conversión del socialismo a la buena gestión no puede ser otra cosa que una reducción al gestionarismo, el cual, consagrándose al día a día, ha socavado los fundamentos de la esperanza, tanto más cuanto que la gestión no puede resolver los problemas más acuciantes» (la traducción es mía).

Soy consciente de que se han dado notables éxitos en la gestión de políticas públicas (educación, infraestructuras), pero oteo, desde mi atalaya, que estos éxitos de gestión han circulado por vías con una clara dirección política.

El Gobierno es el responsable de la gestión política pero no necesariamente ha de ser único garante de un proyecto político.

Políticas de bienestar

Es importante seguir enarbolado la bandera de la defensa del Estado de bienestar, una estrategia que ha marcado la iniciativa del Gobierno socialista y que ha contribuido al desarrollo de políticas de equidad y a la corrección de desigualdades. Estas políticas han formado parte importante del mensaje esgrimido en la última campaña electoral.

Tal estrategia, positiva desde una posición progresista, no deja de plantear problemas a la hora de formular propuestas o de tomar decisiones, ya que estas deben compatibilizarse con políticas económicas rigurosas con el gasto público, al coincidir con el objetivo de reducir el déficit. Se echa de menos un debate acerca de estos problemas y de encuadrar su discusión en el marco de una evaluación seria y rigurosa de las políticas llevadas a cabo en diferentes sectores. Un ejercicio externo de esta naturaleza se ha efectuado en el caso de las pensiones y, parcialmente, en lo que concierne a la sanidad (*Informe Abril*). Sin embargo, escapa a mi conocimiento que existan grupos de trabajo articulados en el seno de la organización socialista que reflexionen sobre estas cuestiones y participen activamente en el debate social cuando éste aflora. En algunos casos se oyen las voces, cualificadas sin duda, de los secretarios que asumen estas competencias en la Comisión Ejecutiva Federal, pero hay que reconocer que estas voces tienen que ser forzosamente limitadas en su registro porque no se trata de super-eres para saber de todo o para saber de

Es importante seguir enarbolando la bandera del Estado de bienestar, estrategia que ha contribuido a la corrección de desigualdades.

cuestiones que requieren un alto grado de análisis multidisciplinar o incluso de una aproximación interdisciplinar. No me resisto a formular esta pregunta: ¿Por qué la reticencia a crear seminarios permanentes o a poner en marcha grupos de trabajo sobre problemas de trascendental importancia para dotar de vigencia política a un proyecto socialista?

Los logros alcanzados en el terreno de la educación son realmente sorprendentes en términos cuantitativos y a los distintos niveles educativos. Este notable esfuerzo ha sido reconocido por la sociedad. Convenría, sin embargo, realizar una evaluación de los distintos segmentos de la política educativa para poner de manifiesto los efectos positivos de estas políticas y tratar de corregir los problemas y dificultades que hayan surgido en el curso de su puesta en práctica. Algunos esfuerzos parciales, realizados con carácter externo y fundamentalmente demandados por la Administración a través de sus iniciativas, han sido puestos en marcha. Se advierten, al menos desde mi observatorio, carencias en el seno de la organización partidaria. Por ceñirme a un caso, mencionaré la distribución de alumnos en la universidad. Es evidente que la incorporación masiva a la universidad es un factor positivo, pero no se puede negar que en esa incorporación se han producido distorsiones evidentes, que pueden incidir negativamente sobre el funcionamiento social. La distribución de la población estudiantil, y consiguientemente la de los graduados no es homogénea. Existe un predominio de las Ciencias Sociales (Economía, Derecho, Sociología) de forma que más del 50% de los alumnos corresponden a los matriculados en esas carreras. Biológicas y Psicología son otros campos de matriculación masiva. Parece que el proceso de construcción de la explosión universitaria no ha podido matizar o modular el peso de las limitaciones estructurales ni la influencia de los actores, que han defendido sus intereses de acuerdo

con un proceso de ajuste a la presión demográfica con autoalimentación. Hay que reflexionar acerca de la conveniencia de seguir manteniendo estos porcentajes que pueden estar alejados de las necesidades de la sociedad española, tanto en el momento actual como para su desarrollo. Esta situación de virtualidad de la universidad española coloca en difícil situación a los políticos y a los ciudadanos que quieran apoyar el progreso del país en un capital humano cualificado y proporcionalmente desarrollado.

Los esfuerzos en la política de salud han sido asimismo notables, sobre todo en lo que concierne a la prestación de los grandes hospitales, a la profundización en la gestión profesionalizada de los mismos, a la creación de una cultura de investigación en estas instituciones, a la mejora de las infraestructuras sanitarias. Pero estos evidentes logros no se han transmitido a la sociedad de un modo claro. Se suele echar la culpa de estos déficits a la ausencia de una política informativa. Esto puede ser verdad, pero yo me atrevería a señalar alguna razón más. Estimo que no se ha trabajado por conseguir alianzas con los colectivos más concienciados del Sistema Nacional de Salud, que no se ha facilitado su intervención en debates y seminarios, reflejo todo ello de la ausencia de una actividad partidaria en esta política, para cuyo análisis me parece superfluo insistir en la necesidad de la interdisciplinariedad.

Política industrial

He señalado en diversas ocasiones que la ausencia de una política industrial es uno de los más importantes huecos en la acción del Gobierno socialista. Esfuerzos para corregir este hiato se han llevado a cabo en algunas comunidades autónomas que han sido gobernadas por el PSOE. Sin embargo, estas iniciativas han tenido dificultades, por el

La ausencia de política industrial es uno de los más importantes huecos en la acción del Gobierno socialista.

complicado engarce con la política nacional al faltar la percha adecuada para que la conexión fuera posible.

Sólo la ausencia de debate puede llevar a ignorar la necesidad de una acción estratégica en este terreno. La estrategia no significa planificación ni volver a restaurar el muro de Berlín. Estrategia es lo que ponen en práctica los grandes bloques, los países y las grandes empresas. Una multinacional no puede sobrevivir sin estrategia. España en su conjunto, ¿no merecía ser tratada al menos como una multinacional?

Género y ecología

Se trata de los dos grandes argumentos por los que se estructura la revolución social y política de la sociedad posmoderna. Es el salvavidas al que se acogen quienes defienden los valores de la solidaridad, del equilibrio, de la equidad frente al predominio de los conceptos de optimización, beneficio individual, el crecimiento sin control como objetivos perseguidos por el paradigma económico liberal. Supone la incorporación de la cultura «biológica» al debate socio-político, modulando así el monopolio de la cultura físico-matemática inscrita en el modelo económico vigente.

Estos movimientos, feminismo y ecologismo, están calando profundamente en las sociedades avanzadas, promovidos en un principio desde organizaciones no gubernamentales y que han dado paso posterior-

***El partido socialista
ha sido reactivo en cuestiones
de conservación y gestión
del medio ambiente.***

mente al reconocimiento de su importancia en el seno de los partidos políticos —cuotas en la participación de las mujeres— o incluso al desarrollo de organizaciones partidarias —como es el caso de los Verdes— con creciente representación parlamentaria en las sociedades. Estos movimientos cuestionan por sus mismos principios que el mercado sea el único factor que asegura la correcta distribución de los bienes que se persiguen: una participación equilibrada de la mujer, acorde a su significado cuantitativo y cualitativo, en las complejas tareas de las sociedades avanzadas o que el ambiente sea considerado un valor rentable, un reconocimiento que parece imposible sin que exista intervención de los gobiernos con el desarrollo de políticas públicas orientadas a la consideración del medio como un bien.

En España estas cuestiones se han incorporado en la sociedad por difusión, sin que nuestro país y los colectivos que defienden estos valores hayan estado en el centro de su construcción sociológica y política. Sin embargo, el grado de eficiencia alcanzado en la asunción de sus reivindicaciones por parte de las organizaciones políticas ha sido muy distinto. Los problemas de género han sido integrados más rápidamente y con mayor intensidad gracias a la calidad de la militancia feminista y a su presión demográfica, mientras que los temas ecológicos permanecen todavía en un limbo. En este marco difuso coexisten las influencias de los intereses internacionales abandonados por las grandes organizaciones —Greenpeace, por ejemplo— con la ingenuidad

y el voluntarismo que se detecta en el interior.

Estos temas están esencialmente ausentes de los grandes debates parlamentarios y llegan esporádicamente en el curso de las campañas electorales o con motivo de convenciones partidarias.

El partido socialista ha sido, en mi opinión, fundamentalmente reactivo en estas cuestiones, dependiendo la velocidad de la reacción de la intensidad y oportunidad del estímulo. Particularmente pobre es el sustrato de reflexión acerca del ecologismo y de lo que puede representar como movimiento en el seno de organizaciones progresistas, y cómo sus propuestas y reacciones pueden influir en la toma de decisiones respecto a un conjunto de políticas públicas (económicas, de infraestructuras, educativas, sanitarias, internacionales, científicas y tecnológicas).

La ausencia de una acción proactiva limita la posibilidad de integrar a expertos en las tareas partidarias y reduce asimismo las posibilidades de que se introduzca la cultura del debate en la sociedad española sobre estas cuestiones horizontales y transespecialidades, propiciando que se produzcan apresuradas incorporaciones cuando llegan los procesos electorales o una vez más facilitando el suplemento de optimismo de los más avisados o de los más arriesgados.

Consideraciones finales

El proceso electoral del primer domingo de marzo de 1996 es un acontecimiento político. Marca un punto de inflexión en la historia de la transición democrática pues, como ya han dicho analistas más cualificados, es la primera vez que el partido que deja el Gobierno y pasa a la oposición no desaparece sino que lo hace con una base extraordinariamente sólida. Aunque no sea

el objetivo esencial de este trabajo, me atrevo a señalar tres razones fundamentales para que este resultado, fruto de la intervención de millones de individuos, haya sido posible. La figura del líder del Partido Socialista Obrero Español, que alcanza crecientes dimensiones de estadista —capacidad, olfato, suerte— convirtiéndose, como se viene insistiendo, en la «solución-problema» del partido. La pervivencia de una ubicación mayoritaria de la sociedad española en el centro-izquierda, a pesar de la incorporación de nuevas cohortes al electorado. En tercer lugar, me referiré a la desconfianza que suscita el Partido Popular como organización heterogénea y por su obsesiva estrategia de remedar la pautas del PSOE: férreo control del partido por unos pocos y soporte casi exclusivo en un líder ¿carismático?

En cualquier caso, la oportunidad que se ofrece parece muy adecuada para, a partir de lo mucho y bueno conseguido, reflexionar hacia adentro y promover una orientación diferente para la acción del PSOE en el próximo futuro. Creo que la mayoría de las cosas hechas se han hecho bien, pero tengo dudas acerca de que se hayan hecho siempre las cosas que se debían hacer. Este déficit

radica fundamentalmente en el predominio de la gestión sobre el análisis y la reflexión. Sustento este argumento por medio de un recorrido sobre diferentes segmentos de la acción pública en los que poseo experiencia o en los que he podido prestar una mirada más atenta. Este recorrido es forzosamente modesto y limitado por mor de mis (in)competencias. No trato los grandes temas del debate nacional: Maastricht y sus convergencias, terrorismo, Estado y autonomías. Me he circunscrito a una serie de políticas y argumentos que inciden fundamentalmente en la calidad de vida de los ciudadanos, por lo que estimo que poseen un valor estratégico.

Reconozco el valor, necesario pero no suficiente, de las élites, para las que definiendo un protagonismo en el seno de la organización política. Estas élites deben trabajar en marcos complejos, al menos interdisciplinarios, desde el punto de vista de la pericia y de capacidades cognitivas. Estas élites deben incrementar la base que soporta el ejercicio del poder en la organización y deben asumir un decidido rol de activistas políticos para fomentar el debate nacional con una invitación a la participación ciudadana.